



Vista de Sevilla desde San Juan de Aznalfarache.

EL CARNAVAL EN EL CAMPO.

Estábamos en carnaval: filósofo por esencia y potencia, aun cuando la filosofía en este siglo camina al nivel de la política, dudaba si quedarme en la ciudad, ó si en pro de la costumbre decidirme por la vida campestre, dejándome ir en pos de los muchos pelotones que, á guisa de caravanas, se alejan de Sevilla para buscar el puro ambiente allá en las plácidas campiñas que, alfombradas de vistosas florecillas, nos convidan á gozar de su verdura y á aspirar sus gratos perfumes. La elección no era dudosa puesto que el carnaval en el interior del morisco serrallo andaluz, pasa como otra época cualquiera, es decir, descorre su velo frío y macilento sin mostrar su semblante marchito por los báquicos placeres ó las nocturnas danzas, tan en voga en otros días y tan degeneradas en los presentes: pero ¿qué es lo que no cambia en este mundo?...

El año de gracia de 1847 permanecía en ese insomnio de costumbre. Solo se percibía el movimiento de la clase artesana, que libre y sin recelo buscaba su solaz en el dorado templo de Baco; y cuando la noche desplegaba su gasa fúnebre, el confuso y lejano rumor de alguna cuadrilla enmascarada, que al son del pandero y la guitarra recorría las estrechas y solitarias calles, escitando la risa de los muchachos al mostrarles sus ridículos y estravagantes disfraces, ó sus lívidos rostros coloreados por la fuerte llama de los hachones.

El carnaval ha muerto!... Desnudo de sus atavíos

solo ostenta ahora sus harapos mamarrachescos: tal fuera el eco que resonara por todos los ámbitos de la ciudad. Cada cual buscaba un objeto de diversion, y este objeto creíanlo hallar abandonando el hogar doméstico. Por lo que respecta á mí, habia quedado la víspera con un amigo en acompañarle y verle pintar la romántica vista del Guadalquivir. Así fué que no tuve mucho que pensarlo ni quebrarme los cascos acerca de lo que pudiera sobrevenirme: apenas el sol salió de su sueño, púseme en accion y marché á la ventura, como el que fastidiado de una vida monótona y algo llena de azares, busca en el retiro olvidar por un momento las intrigas de la voluble sociedad y los odios de los hombres.

Pocos minutos corrieran cuando ya me hallaba á orillas del Betis. Recorriendo su márgen pintoresca sembrada por los arbustos á que dan riesgo sus lentas olas de plata, heridas de repente por los claros fulgores del sol de la mañana, miraba distraído aquel enjambre de personas que van y vienen, que pasan y repasan, aquel raro puente de madera que parece hundirse en el rio, interin buscaba diligente algun barquero que por módico precio se decidiera á trasportarme al cercano pueblecillo que, cual caprichosa canastilla vierte sus flores sobre el pavimento de un cenador, así derrama sus blanquecinas casitas al pie de unas matizadas colinas y que el vulgo llama San Juan de Aznalfarache.

Deslizábame cual fugaz gaviota por la superficie de

5 DE MARZO DE 1848.

las aguas, á lo largo de aquella ruidosa orilla. La mañana estaba serena y deliciosa. Un vienteillo glacial y suave plegaba graciosamente los gallardetes de los buques, que anclados simétricamente confundían la vista, prestando esa ilusión que se percibe cuando se recorren aquellos sitios donde la naturaleza parece haber desplegado todo el lujo y poderío de su belleza. ¡Cuánta animación y cuánto encanto se advertían para el que por tantos días permaneciera limitado á esa vida regularizada, á esa existencia de café, donde clavado ante una mesa, se consumen las horas vespertinas, presa de esas ilusiones del porvenir que mas se alejan cuanto mas parece que se llega, estraviados en el resumen del éxito de tal ó cual drama, de los prodigios aplausos que una pandilla tributa á la cantatriz italiana, ó viniendo á parar de toda esta enciclopédica algaravía, como de *motu proprio*, á los animados é interminables coloquios políticos que dan al traste con la imaginación del hombre de mas cachaza que haber pueda.

La frágil embarcación cortaba el agua dejando atrás aquellos grupos de buques enjauzados.

Reclinado sobre la estrecha popa y disfrutando del consuelo vivificante de los rayos del sol, talareaba placentero aquella *canzonetta* de Ricci, «sulla poppa del mio brich», en tanto que la barquilla se alejaba de la torre del Oro y pasaba ante los frondosos chopos que se apiñan en medio de las sombrías calles de las antiguas Delicias.

Tres cuartos de hora despues encontrábame reclinado negligentemente bajo la copa de la vetusta encina, que dibuja su frondoso ramaje en el limpio cristal del río, y que parece desafiar al tiempo entre las grietas de la peligrosa barranca. Desde allí me complacía en derramar la vista por aquellas vastas campiñas, donde la parda alondra juguetea en el aire para caer ligera sobre el tallo de una madre selva. Distruido mi pensamiento con aquellas variadas escenas que se suceden con tanta rapidez, dejábame arrastrar á otra existencia mas ilusoria, sin acordarme de la reiterada cita que mi amigo B... habíame dado la noche anterior sobre la elevada plataforma del solitario monasterio, desde cuyo punto trasladaba al lienzo el soberbio panorama que la arbesca Sevilla desarrolla y que tanta novedad ofrece á los ojos del escrupuloso observador.

El reló de la derruida y fea torre del convento vino á sacarme con su eco ronquecino del marasmo en que me encontrara. Era la décima hora. Dí mis preventivas órdenes al servicial barquero, que amarrando su esquife á una de las estacas que allí se encuentran, pareció entregarse tranquilo al blando sueño.

Dirigíme hácia el punto indicado salvando las pendientes que presentan los tortuosos senderos abiertos al través de los estensos olivares que circundan á aquel edificio posado en la cumbre de aquella montañita, como el arca salvadora en el elevado Sinaí. Llegué sobre el terraplen, no sin sentirme algo fatigado. Dí mis disculpas al artista que, dejando la paleta y los pinceles, vino á sentarse sobre la balaustrada, interin me entretenía en el prolijo examen de su obra. Ante la naturaleza comparaba la belleza de la copia, en la que el pintor habia expresado con toda la fuerza de su colorido aquel mágico conjunto, aquella singular perspectiva imposible de expresar con toda su fuerza, con toda su majestad, con todo su sorprendente efecto.

Ante nosotros se despliega un espectáculo asaz interesante y rico en recuerdos de un orden mas elevado. Aquí, verdes colinas, bordadas de olivos y viñedos, bajan á bañar sus plantas al borde de un río, que serpenteando á lo largo de fértiles praderas, las riega y vivifica; allí, una ciudad de árabes, y esbeltas formas, coqueta y seductora cual la esquiua bella del harem, de cuyo centro se destaca la atrevida Giralda, que lanzándose á las nubes parece desafiarlas, se estiendo hasta tocar con sus ennegrecidos muros á la pesada Torre del Oro, rica atalaya musulmana y palpitante página de los días del cruel

D. Pedro; acullá los verdes limoneros que sombrean las alegres huertas y derraman su embriagador aroma; mas allá, en lontananza, sonrosadas montañas sembradas de pueblecillos y coloreadas por un horizonte claro, y en ese mas allá hay tanta idealidad, tanta sublimidad, que enagena al corazón y logra que la mente descarriada se lance por los espacios imaginarios á buscar ese poder grande y prepotente que todo lo crea, que todo lo anima y embellece. Y además, ¿cuál es el que visite la ciudad de Julio César, que no recorra sus vegas, sus jardines, sus cómodos caseríos, que no estudie lo pasado sentado sobre las quebradas hojas del corintio capitel que se oculta entre el musgo que crece en las ruinas de la opulenta Itálica, que no dirija sus pasos hácia los pueblecitos que se sientan en lo alto de aquellas cumbres que se perciben desde la pintoresca orilla del Betis en uno de esos serenos días de la fugaz primavera? ¿Cuál es el que, por extraño que sea á la vida campestre, no haya disfrutado por un momento de la agradable vista de Sevilla, desde la colina que se alza en medio de los jardines de olivos de Aznalfarache? ¿Cuál es, finalmente, el que no ha respirado la aromática fragancia de los dobles lirios, evaporada por la fresca brisa de la tarde, reclinado sobre la verdosa alfombra, al pié de los muros de aquel religioso apartamiento? Escoged pues un día en que el sol derrama su viva lumbré en medio de un celaje sin nubes: escoged ese momento y llevad vuestras miradas á lo lejos; ved esas casas, las unas ennegrecidas por el tiempo, las otras resplandecientes en blancura y que parecen aproximarse al estanque profundo en el cual el río está encerrado, para mirarse en las aguas. El río presta al cuadro no sé que misterio que aumenta aun el encanto de la contemplación.

Era domingo. Como convidaba el día con su hermosa temperatura, multitud de familias habían emigrado á aquellos lugares. Algunas cuadrillas veíanse diseminadas acá y acullá, unas, bajo el ramaje de los olivos, conversaban tranquilas; otras, mas entusiastas y revoltosas, compuestas de gente del pueblo, agitábanse bailando y cantando al compás de una guitarra, interin las barquillas, cual aves acuáticas al abrir sus blancas alas, desplegaban al viento sus pequeñas velas y huían veloces por la plateada superficie del agua en busca de nuevos pasajeros.

Al cabo de algunas idas y venidas, vióse á aquella pradera sembrada de caprichosos grupos, cuyo contraste escitaba el ánimo, hasta impeler á uno á querer tomar parte en aquellas fiestas tan prodigadas en esta hermosa tierra, pero cada vez mas seductoras, mas sencillas y naturales.

Las horas volaban sin que el pintor ni mi humilde persona pensásemos en el deterioro de nuestros estómagos, cansados por lo largo del paseo y el placer del campo. Nuestro parasismo tuvo el fin que era de esperar. Pusímonos en marcha, no sin que primero guardara sus pinceles en la caja de colores. Descendimos por la senda que muere al pié del grotesco arco de la callejuela que sale al frente del convento, y nos dirigimos á la antigua fonda de Lebron, cuyo nombre ha pesado á nuestros días como el de una notabilidad, la cual se conserva sola, aunque algo degenerada, y allí, por aviso de mi galante compañero; hallamos preparada una incitante mesa.

Concluido el festín, nos encaminamos hácia la campina con el objeto de ingerirnos, como Dios nos diese á entender, en el primero de los saraos que encontrásemos al paso.

¿Has participado tú que me lees de esas festivas conmociones que se improvisan aquí en Andalucía, ora bajo la techumbre de un cuarto de corral, ora á la puerta de los ventorrillos que sirven de parada al que entra y sale por cualquier punto de los poblados arrabales? Si como no es de extrañar has concurrido en medio de esas turbas desorganizadas, que viven hoy en el placer aun cuando mañana sea de tormentos y privaciones, ¿por qué he de bosque-

jarte aquel cuadro incomprensible á veces para los que desconocen esas costumbres raras y propias de esa clase del pueblo que, abandonando sus hogares, se trasporta al campo sedienta y decidida á agotar hasta las heces el cáliz del goce mundanal? Nada mas natural que esa alegría tan necesaria para hacerle olvidar su malestar y sufrimiento, para que borre de su imaginacion el hastío del trabajo, recompensado con ínfimos jornales, no bastantes para llenar sus obligaciones diarias. Hay consecuencias á veces funestas, esto es cierto; pero, no son por lo comun hijas de la intolerancia ó de venir á entrometerse en cosas que son ajenas?

Grande fuera la animacion que imperára en el centro de aquellos círculos, de donde solo brotáran voces desencajadas, risas estrepitosas mezcladas con los brindis amorosos y los cánticos alarmantes, interrumpidos por lo comun por la maravilla que dorára el vaso elevado cual si fuera la ofrenda que se presentára á los dioses lares.

Nuestro rebusco duró corto tiempo: apenas habíamos recorrido un pepueño radio de tierra, cuando llegaron á nuestros oídos los ecos de algunas voces que nos nombraban. Curiosos por saber cuáles fueran las almas que se compadecían de nuestra soledad, nos lanzamos hácia el sitio de donde salían, cual jadeantes lebreles sobre la caza que se escabulle. Nos acercamos: un gracioso espectáculo ofrecióse de repente á nuestra ávida vista. Entre los alineados olivos que se pierden tras el *parterre* del convento, hallábase una numerosa reunion de personas que, sentadas unas sobre la fresca yerba y levantadas otras, se entregaban sin escrúpulo á los regocijos de una fiesta campesina. Entre aquellas contábanse algunos amigos que, á fuer de pasar por gente notable, rendían mútuo vasallage á varias jóvenes de gallardos talantes, entre las que sobresalian la Nena, esa bolera tan conocida, la Cuchillera, la Naranjita, la Ana, y otras no menos graciosas en ese género de danzas andaluzas (1).

Una ligera sonrisa escitada por los cantares de los vates agitanados que allí se encontráran, brillaba en todos los rostros. Éran aquellos el *Planeta* (2), rey de los bravos *cantaos*, el padre *Verita*, el *Marino*, y otro cuyo nombre no recuerdo, los cuales parecían adorar á una botella del suave sanluqueño, ídolo de estos momentos y que apuraban en medio de los brindis de costumbre.

El néctar de Andalucía, salpicando á todos, habia sucedido á los manjares cuyos restos veíanse esparcidos por la yerba.

Al ver aquella original escena, cualquiera hubiera recordado los fabulosos festines del Dios de los amores; cualquiera se hubiera creído trasportado á la encantada selva de las fantásticas hadas jugueteaban en las aguas del lago, al eco de sus melodiosas liras. Tal fuera, pues, la ilusion que produjera aquel baile vespertino en medio del jardín que la natura ha decorado con tan brillantes atractivos.

El vaso á medio llenar volvió á relumbrar entre las palmadas de los incansables cantantes que, al monótono arrullo de sus trinos y cadencias, se arrebatában á cada paso la copla. El planeta, cuya obesidad y carácter le prestan ese predominio que egerce

(1) De poco tiempo á esta parte se ha desarrollado de tal modo la afición á los bailes de ese género, que la mas encofetada clase de la sociedad sevillana, busca ocasion de asistir á los bailes particulares que celebran los que especulan con ellos, sobre toda cierta parte de la juventud que quiere pasar por gente de *tono*, la cual vaga de sarao en sarao para saciar su ardoroso entusiasmo, interin en los teatros suelen mirarlos hasta con desden. ¿Cuál habrá sido el móvil de esa repentina metamorfosis? No es un misterio. Para obsequiar á cualquier personaje que arriba á la capital de Andalucía se pone en juego esta clase de espectáculo como sucedió con Alejandro Dumas, del que salió poco complacido.

(2) Son los motes con que se designan á estos personajes tan célebres en los fastos de todos los que se dedican á esa clase de cantos. El *Planeta* y el padre Vera, son los que mas sobresalen, por sus gorgeos el primero, y por su clara y estensa voz el segundo.

sobre ellos, llevaba la palma, haciendo alarde de sus recios pulmones, al entonar caprichosamente sus *plegarias*, raras en su estructura, pero que tanto inflaman el corazon de los aficionados de ley como ellos llaman.

—Viva lo gueno, zeñó...! dijo el padre Vera vaciando en su estómago una *cañita* y alargándonos otra para que lo imitásemos.

—Bendita zea Málaga, que es tierra é calía, añadió el que rasgueaba el guitarró.

—Zeñores! exclamó el marino algo entusiasmado: no hay ná pa las zevillanas, pa estas reinas é lo bonito?

—Vivan las é nuestra tierra, gritó toda aquella grey atolondrada. Pue que bailen unas zeguirillas gitanas...

Un confuso rumor sucedióse á la peticion: en seguida todos aclamaron á la Nena.

—Pio la palabra, repitió el padre Vera: antes é que comienze er jaleo, me paeze mu regulá que echemos una uvita á la salú é los mozos que han llegado, pue po lo netos que zon, jazen á estos peazos, lo que se llama un poquirritito é tilin...

—Qué se eche una bomba! dijeron muchas voces.

No era muy á propósito el desairarle al dirigirnos aquel brindis, ni menos hacerse uno el sueco ante aquella semi-patulea, que tan atenta habíase mostrado con nosotros. Así fué, que sin andar en rodeos y mas cuando tanto ansiáramos ver puesta en baile á la aclamada sílfide, pedí el vaso y con voz algo estentórea exclamé:

Venga el vaso, y de la bota
brote manzanilla á mares,
y lleguen nuestros cantares
hasta la playa de Rota.

Brindo por la sal morena
de la neta Andalucía;
brindo, porque acabe el dia
en los brazos de la Nena.

Siga amigos el placer;
suenen pues la castañuela;
venga al campo esa mozueta,
y no hay mas gloria que ver.

Que al verla ¡viva el salero!
mi corazon palpitando,
ha de marcharse volando
hasta el mismo Trocadero.

Brindemos todos, señores,
con la boca en la botella,
por el brillo de la estrella
que arroja tantos fulgores.

—Bien zalero! Esclamó el padre Vera en medio de los aplausos. Vale osté mas que la custodia é la catedral con toos zus arrumbeles.

—Venga otra uvita y que comienze er baile, pa ver volar er corazon deste morenito é lo neto, añadió el bullicioso Marino.

Así era: la hora habia sonado, y el ruido de los palillos habia atraído inmensa concurrencia á nuestro círculo, tratando cada cual, á porfia, de plantarse en primera fila, como acontece en esa clase de diversiones, interin los jaleadores de oficio dirigian sus originales y oportunos dichos á la bolera que, nada esquivando, los devolvía con cierto gracejo y *dominaire*. El tocador de guitarra, que ocupaba el sitio de preferencia, comenzó su son y los cantadores parecieron prepararse para el combate, si por tal puede juzgarse ese antagonismo que cada uno demuestra por aparentar mas pecho y dar á sus pausadas endechas ese raro colorido que solo ellos descifran, esa animacion que mas crece cuanto mas se engolfan en la copla y crece el recio palmoteo.

Rompe el baile, entra el jaleo;
pasa el veloz estrivillo,
y al redoble del palillo
comienza pues el meneo.
De ver era la garbura

de aquella esbelta sirena,
de ojo negro y tez morena,
al agitar su cintura.

Lindo jubon ajustado
de raso azul refulgente,
á su talle diligente,
presta perfil delicado.

De su rodete anchuroso,
prendidos con alfileres,
le cuelgan ricos caireles,
que rozan su cuello hermoso.

Es su pelo de azabache,
sus labios ¡ay! son corales
que oscurecen los rosales
del jardín de Aznalfarache.

Corta nagua plegada,
que se agita con el viento,
deja ver al movimiento,
su tersa media nevada.

En su sien, entre claveles,
posa con matiz divino,
el lirio mas peregrino
de aquellos ricos vergeles.

—Jui, ¡zanto zielo, qué moza!

Viva la zal é Zevilla,
¿que es la ortava maravilla,
empues é ver á esta roza?

—Mairezita lo que é visto
al jazer ezas cambias!

Planeta, vengan tonás;
¡que me muero, Jezucristo!

Y cual corza que ligera
corre por el bosque ufana,
cuando el sol de la mañana
ilumina la pradera,

Así la niña de amores,
luciendo su pierna bella,
como en la noche la estrella,
así brilla entre las flores.

El ruido, las estrepitosas voces de aquella gente entusiasmada, cuyos ecos se prolongaban allende los cerrillos que dominan al tranquilo lugarcito, acabaron de poner en movimiento al resto de sus pacíficos moradores. Alarmada la turba, acudió lanzando al viento desaforados gritos, como si celebraran una de esas fiestas de los santos patronos, donde se concluye por fuegos de artificio. En un santiamén inundóse la campiña de esa clase turbulenta, no sin que le siguieran cuantos hombres y mugeres había, que ansiosos de disfrutar del improvisado fandango tomaban al asalto, apelando á los codos, los principales puestos del circo. Hubiérase dicho al ver aquella oscilación de cabezas, aquella curiosidad pronunciada, ser una jauría de locos divertidos con un nuevo aparecido.

De temer era que aquel brusco ataque viniera á concluir en un trueno espantoso. Así era que tanto mi compañero como yo, no las teníamos todas con nosotros, porque nada novicios en los desenlaces que suelen presentar tales diversiones, recelábamos algún accidente que convirtiera aquel lugar en otro campo de Agramante. Por fortuna al murmullo fué debilitándose por grados y entró en orden aquella grey, porque al poco rato no se oía mas que el cencerreo de la guitarra y la cansada voz del Marino, intercalada con tal ó cual palabra puesta muy en boga en los bailes que llamamos de candil. Uno de los jóvenes que se veía sentado junto al Planeta, en cuyo sombrero se elevaban dos rizadas motas, salió con la seguidilla siguiente:

Si entre las ondas
del mar me viera,
hasta la muerte
ay! te quisiera.

Porque al quererte,
de mí huyera
la misma muerte.

En tanto que así cantaba la tarde adelantaba, y

el sol ocultándose tras el cerro de Santa Brígida, robaba á los campos sus vivos colores y nos sacaba de aquella distracción en que nos sumergieran los placeres del día. La diosa de la noche aceleraba su carro, dando á los prados ese aspecto sombrío y melancólico, pero agradable, cuando la primavera cede al rigor del estío.

La dulce brisa que sucede á los crepúsculos de la tarde, hízonos poner en acción para abandonar aquellos deliciosos parages, que tantos recuerdos dejara impresos en mi mente, y trasladarnos á la barca. Aun no hicieran diez minutos que el astro vivificador desapareciera en el arrebolado horizonte, cuando ya la barquichuela arrastrada por la corriente abandonaba aquellas riberas. El bullicio, los cánticos de los remadores y los gritos de alegría que por do quier resonaban, nos traían á la mente esas noches de carnaval en que los hijos de una ciudad, grande y poderosa en otros tiempos, recorren sus lagunas, bajo el pabellon de sus caprichosas góndolas en busca de amorosas y románticas aventuras: tal fuera el espectáculo que se ofreciera de repente.

Por las opuestas márgenes del ancho río, veíanse vagar cual sombras, multitud de personas que se confundían entre el ramage, mientras que las barcas se disputaban el paso para ser las primeras en llegar á Sevilla, que se percibía allá á lo lejos, salpicada de millares de luces. Aquellas vivas lumbres que rielaban en las aguas, parecían á primera vista la lava ardiente de un volcan en los momentos de una erupción.

Al saltar en tierra las campanas de la ciudad preludiaban el lúgubre toque de las ánimas. Tres horas despues me hallaba sin saber cómo ni cuando, recorriendo los salones del Museo, donde al compás de un diabólico vals de Lanuer, veíanse oscilar velozmente las parejas enmascaradas. Allí todo era ilusión! El ficticio delirio de una sociedad ébria de goces químicos, habia sucedido á la naturalidad y alegría de una fiesta de carnaval en los hechiceros campos de la reina de Andalucía.

M. JIMENEZ.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

El domingo de Carnestolendas por la tarde.

Unas plazas hay tan fuertes, que solo por hambre pueden ser vencidas. Una de estas plazas parece el hombre poseído de la hostilidad de las culpas. Por el ayuno, por la abstinencia pueden ganar las virtudes esta fortaleza á los vicios: pero ¿qué hacen ellos en este riesgo? Previénense de vituallas golosas. Contra la expugnación de hambre santa se arman de hartazgos viciosos. Ven el domingo de carnestolendas al amanecer bajar á la cuaresma con cuarenta ayunos. Allí es la prisa á meter bastimentos. Tanto es lo que comen los hombres aquellos tres días, que los ayunos subsecuentes mas son medicamento suave que mortificación dolorosa.

Acaban de comer en una casa rica el domingo de carnestolendas á medio día rica y abundantemente. Los dueños se levantan de la mesa á holgura hidalga, los criados á necia holgura. Juntanse los amos á jugar al hombre. Luego seremos con ellos. Las criadas se dividen por los balcones ó ventanas con pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua, que arrojan con los pucheros sobre los pobres que pasan. ¿Qué querrá ser esto? A mi parecer, no mas que entretenerse unos con el enfado de los otros. ¿Y qué querría ser cuando empezó? Eso no sé. Mas costumbre necia y peligrosa, tan tolerada, debió tener el principio bueno. Sin duda hacían esto los cristianos unos con otros, por prepararse unos á otros á burlas, á escarnios, á moñas, á desaires, á golpes, á ajamientos, para recibir con todo el corazon el horrible desengaño del miércoles siguiente, de que cuantos han nacido son polvo, y serán polvo. Si para esto se inventó maltratarse y enojarse unos á otros las carnestolendas, fué dis-

creta invencion: y si no fué para esto, hagamos nosotros que para esto sirva.

Están, pues, atalayando á los hombres que pasan, para mojarlos las mugeres. Ven venir un esportillero por la calle abajo: previénese una fregona de un cubo de agua: tómale por el asa de esparto con la mano izquierda; por el resvaladizo suelo por la derecha: arrímalo al balcon mohoso, y en viendo al pobre hombre en parage, se lo vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde, y con el peso se agobia. Pasa turbado á la otra acera á reconocer el balcon enemigo, y vé á mugeres y hombres, tomando risueño placer del mal que le habian hecho. Enojase juntamente del escaso de la burla, y empieza á hacer definiciones injuriosas de los que se la han hecho. Algunas yerra, y algunas acierta, y ellos se rien de todas. Que los que pierden el miedo á la culpa, se le pierden á la afrenta.

Esta gente hizo con esta burla muchas cosas malas. Mojaron á este triste hombre en cantidad, que le obligaba á mudarse de vestido, y no tenia vestido que mudarse. Los cuerpos humanos no enjugan ropa de valde: la salud les cuesta. Es lo mas verosímil que vendria de dejar alguna carga, que le hubiese hecho sudar; y mucha agua fria sobre el cuerpo sudado se diferencia muy poco de una estocada. Con el enojo que le encendieron, le precipitaron á la venganza. El que ocasiona un pecado, mide el daño que hace por la pena que corresponde al pecado. Con todos estos males que hicieron á este hombre, se hicieron á sí mal hartos grande.

Dos mugeres que están en una reja de un cuarto bajo con un instrumento de disparar agua, por las troneras de una celosía, á un hombre vestido de negro, que, descuidado, arrimado á ella pasaba, le dan una rociada por el rostro, que le turban los ojos y le desaderezan la valona. El hombre prosigue su camino sin volver la cara al lugar de su ofensa. Pasa por la necedad del uso con silencio, no sé yo si con paciencia.

Aquellas mugeres le hicieron á aquel hombre un camanico forzoso con el impetu y con el agua, y quizá mas que camanico, porque quizá no tendria cuatro cuartos con que aderezar la valona. No hay daño pequeño, para el que no tiene con que remediarlo.

Haber callado este hombre, no es haberlo llevado en paciencia: impacencias hay mudas, y aun pienso que son las peores impacencias, porque no temen los oídos de nadie, y hablan como sin riesgo del castigo y como sin miedo de la murmuracion. Calenturas son muy maliciosas las encubiertas. Ardores de mucha culpa se pudieron disimular en aquel silencio.

Ven venir las que están en el balcon una silla de una señora, y tras de ella un escudero á caballo. Va por medio de la calle, y enojándose de que se haya salido de debajo de su tiro, buscan desquite y hallanle. Metese una un poco adentro, y dicele en voz disparada: Rodrigon. Ayúdala otro mozueto, y dicele en grito agudo: *Ciento y dos*. ¿Por qué baldona esta gente necia á este hombre? ¿Por qué sirve en una casa principal? No por eso, que á nadie se le esconde que para la organizacion del mundo importan tanto los que sirven, como los que mandan; sino porque sirven por tres reales (1), que parece la racion mas sin sustancia, que se le puede dar á la vida de un hombre de buena esfera. Si esos tres reales estuviesen desacompañados de otras conveniencias, no era mucho el tratar como á loco al que se mataba á servir, y se dejaba matar de hambre. Pero estos tres reales suelen tener tantas comodidades adherentes, que se hace una muy buena comodidad de todo.

Fuera de esto, se ofende á aquella señora, que va en aquella silla, que va dando estimacion de su estimacion á aquel criado, y se le ha de mirar por entonces con el mismo respeto que á ella.

Pasa algo apartado de esta silla en un coche un

hombre rico que fué mozo pobre, que hay hombres tan dichosos ó tan desalmados, que enriquecen en menos tiempo que otros se pierden. No le echan agua, porque no le puede coger; pero pueden decir baldones, porque los puede oír. No se los dicen. ¿Qué es esto, mundo injusto? ¿Al otro pobrecito averguenzas, que es pobre sin culpa suya, y á este rico no le dices nada, que es rico con grande culpa? Menos excusable fuera, por la libertad del día, decirle á este oprobios, que le enmendaran, que al otro cosas que le afligieran. ¿Sabes lo que hace este? Compra haciendas vinculadas por la vida de los que se las venden. Lo primero que hace es tasarles las vidas en cuatro ó cinco años. Para hacerles creer que no pueden vivir, les acuerda los riesgos que se andan tras el vivir, los que se agarran de la vida moza, y los que acechan desde una baraja de naipes. Háceles al fin un sermón muy desengañado para engañarlos. Ellos se persuaden de que la vida es un soplo: parecen que, en vida tan corta, es menester darse mucha prisa á holgarse, y que esto no se puede hacer sin dineros: y véndele la comida y la estimacion de mucha vida en el corto precio de cuatro añadas. Ellos van contentos como con una herencia, y él se queda riendo de ellos, porque sabe que con hacerlos desdichados, los hace eternos. Gástase el dinero en poquitos días, y luego viven innumerables de calamidad insufrible. A la hora que estos perdidos están aguardando cuatro reales dudosos en una casa de conversacion para ir á matar su hambre, está el que les compró sus haciendas haciendo hambre en una tienda de sedas, mirando si se le antoja algo para hacer un vestido, que no ha menester. Hombre cruel, yo no me meto en si te salva ó no la conciencia el peligro á que pusiste el dinero con que compraste: pero te afirmo que si no hubiera quien comprara de por vida, no hubiera quien vendiera: con que se quitaba la ocasion á daño tan grande. ¿Pudiste tú dudar, segun la condicion de los que te vendieron, que dentro de muy pocos días habian de pedir limosna? ¿Pudiste no conocer que la intencion de los fundadores de aquellos mayorazgos fué dilatar su nombre por los siglos con lustre y reverencia, y que esto lo desearon tan esforzadamente, que hicieron por conseguirlo otros muchos hijos y nietos pobres, á quienes amaban tiernamente? ¿Puedes no haber oído decir lo que miran las repúblicas por la continuacion de estas haciendas, porque son las estrellas fijas con que lucen? No por cierto. Pues si todo esto te era patente ¿cómo tienes corazon para ver mendigar aquel, con cuyo caudal tú, de puro abundante te envious?

¡Ah, mugeres, las que echais agua! Echad agua á calderos sobre ese coche: tiradle los calderos: mas no se los tireis, que á vosotras no os toca el castigo de esta culpa. Dios, á cuyo cargo está, le dará el castigo.

Suben tres, ó cuatro caballeros mozos por la calle, y reciben de una ventana baja, donde están unas mugeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mójanlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos, y huelganse de verlos. ¡Oh hermosura! Aun ofendiendo, muchas veces amable. Tratan de su venganza, y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa, hechas de cáscaras de huevos. Enciéndense en tema las baterías. Quiere desde los balcones hacerles guerra fastidiosa el vulgo de otra familia noble. Embarázase el dueño corrijiéndole con los apellidos heroicos, que aquellos mozos tienen. Con solo el nombre los quiere hacer respetables. No halla otras señas. ¡Desdichado del hombre que no tiene mas señas para su estimacion, que el nombre! Solos los apellidos pronuncia. Esas son señas de que nacieron, no de que han vivido. D. Fulano de tal significa descendencia, pero no obra: dice sangre, pero no virtudes. Esa es gloria agena, que no hace lustre propio. ¡Oh, verdaderamente nobles aquellos que pueden ser buscados sin el apellido! Aquellos de quienes se puede decir ¿quién ha visto á uno que peleó increíblemente en tal batalla? ¿Quién ha visto á otro,

(1) Que son 102 mrs.; á esto alude la espresion de arriba.

que era la admiración de la universidad? ¿Quién ha visto á un mozo, que frecuenta mucho los templos? Esto, esto es ser noble: esotro es ser historia.

Huyendo de un aguacero, que caía de unos balcones, se entró en un zaguan un mozo lucido, á tiempo que bajaba por la escalera un conocido suyo, hombre de mas ingenio que fortuna, de mas nombre que hacienda. Saludáronse, y el que entró le dijo la causa que le detenía allí al que bajaba, y subsecuentemente le preguntó á qué había ido á aquella casa. El otro, sonriéndose, le dijo: ¿Qué me vendrá á mí, que bien me venga? Sabreis, amigo mio, que vive aquí Fulano (este era un extranjero muy rico), el cual ayer en el congreso de un garito me dijo: que me viniese hoy á comer con él, como dando á entender que añadía á su mesa el plato de mi conversacion, que los ricos se sirven hasta del alma de los pobres. Yo vine á la hora señalada, estudiando moderaciones contra la abundancia de la comida. Entré en una pieza ricamente adornada, y lo primero que se me vino á los ojos fué la mesa, cuyos manteles eran tan blancos que deslumbraban, tan cumplidos que tapaban los pies al bufete, y tan labrados que eran una selva nevada. La plata de los servicios no parecia sacada de minas, sino de canteras de diamantes. No podian sufrir tanta luz mis ojos y páselos á la tapiceria. Si lo extraño, si lo hermoso, si lo rico no embobara, matara el gusto de comprenderla. Llegó la hora de comer, y sentámonos. Yo escogí una servilleta sobre la mesa tan blanca, tan fina, y tan hermosamente labrada de las señales de los dobles, que me pasó por la imaginacion limpiarme en las faldas de mi ropilla, por no violarla. Empezamos en unos orejones. Todos los principios son pequeños, eran pocos. Sucediéronles unas escudillas de caldo de color de pobre que sale del hospital. Quise tomar unos tragos, y figuróseme que era escudilla de materia, y no me atreví. Viéndome ocioso mi convidador, dijo en voz de vender por la calle: *las perdices*. Yo he oido cantar á cuantos músicos buenos ha habido en mi tiempo en la corte, y ninguna voz me ha sonado tan bien. Empezaron los criados á hablar en secreto unos con otros, y las perdices no venian. Al fin se determinó uno, y dijo que se le habian olvidado al comprador. ¡Ira de Dios y cuál se puso el hombre! Temí que los matara á todos. A mí se me afligió el corazón de ver la ira, en que se abrasaba como avergonzado. Procuraba templanza, representándole la poquedad de la culpa y la pequeñez de la falta. El, como enfrenado de la urbanidad, se compuso á mi ruego. Harto me pesaba de que faltasen las perdices porque soy muy amigo de estos pájaros; pero apelé al regalo que en lo que faltaba suponía. En esto estaba cuando hé aquí asomarse un brasero de plata enrejado con un plato encima, tan grande como la vega de Carmona, cubierto con otro del mismo tamaño. Miréle como á vengador de la injuria de las perdices, y consoléme. Pusieronle en la mesa, descubrióle su dueño, y descubrió tres alcachofas enteras, cocidas en agua y sal. Hízome plato con una, hízose plato con otra, y dejando en el plato grande la tercera, echó aceite y vinagre en ambos platillos, diciendo que era la mejor invencion con que se habia topado la gula. Yo lo probé, y en mi vida ví cosa tan sin gracia. Sirvieron luego otro brasero con otra tanta plata preñada, y era un plato compuesto de escarolas, hojas de rábanos, malvas, hortigas, culantrillo de pozo, agallas de ciprés y hojas de hiedra. Esto es lo que á mí me pareció: puede ser que me engañase. Hízome el italiano un plato de muy buena presencia, probéle, y era de muy maldito sabor. Echaba la culpa á mi paladar, y guardábame para los platos futuros. Volví los ojos hácia la puerta, y veo entrar un cubierto muy majestuoso: pusieronle en la mesa, y dijo el hombre: esta es la muestra del escabeche que tengo para esta cuaresma, y como no es mas de muestra, es poco. Debía de ser como un cuarteron; pero preciosísima cosa. La bondad le hizo menos, y la hambre le hizo nada. Acabóse antes de empezarlo. Pedí de

beber, y en una salva como una rueda de molino me trageron una copa de vidrio de Venecia de corta cabida, llena de agua sobre una cuarta de pié, y junto á ella una limetilla del mismo vidrio con una gargantilla azul, que debía de hacer la cuarta parte de un cuartillo, llena de vino de Colmenar. Para echar el vino en la copa, fué necesario vaciar el agua en la salva, y dióme vergüenza de vaciarla toda: con que vine á echar una lágrima de vino, porque no cabia mas. Fui á beber, derramóseme un poco, y á penas quedó con que mojarme el pico de la lengua. Al dejar la tacilla, le miré con atencion, y me pareció volatino con zancos.

Cuando yo restituía la copa, estaba ya en la mesa una polla de sabrosísimo olor. Empezóla á trinchar el dueño de la casa, y en la fuerza que hacia me pareció que era de escultura: infaliblemente era de madera. Preguntáreisme ahora ¿que cómo oia? Yo lo diré. Esta polla se asó en la pastelería, donde en tales dias se asan innumerables: sucedióle lo que á los melones malos, que de estar entre los buenos huelen á buenos. Cúpome una pechuga, y era menester una azuela para dividirla en bocados. Dejéla de comer por falta de instrumento para partirla. Levantaron este plato, y vino sobre ascuas el de la olla, y tan sobre ascuas, que no sosegó un instante. Mandó el dueño que la quitasen, dando por razon que estábamos reventando (pero era por comer). Pusieron luego en un trincherero una zanahoria con un caldillo agrídulce, que oia á especias, que fué el último plato de este estupendo convite. Mirad ahora cuál sacaré el estómago. Amigo, lo que pondere aquí, no es sino mi desgracia, pues en una casa tan rica y tan abundante como esta, en dia que todos comen bien, han tenido maña de matarme de hambre. Sonrióse el mozo y dijo: en cualquiera de las naciones son de diferente cantidad los ánimos. Unos son grandes, otros no tanto, y otros pequeños. En la nacion de vuestro convidador hay hombre que el dia de la vanidad no solo son cumplidos sino derramados. Los que no tienen tan alto el espíritu, caen en las debilidades, que vos llamais desgracia vuestra. Yo los conozco muy bien y sé los vicios que las producen. Estar la ropa y la plata tan limpias, es crueldad y no aseo, que es por hacer reventar á los desdichados que los sirven. El estar el caldo sin color es un ahorro muy estudiado. Tienen ajustado que lo menos que puede llevar una olla es un maravedí de azafran, que al cabo del año son trescientos sesenta y cinco maravedises, que se ahorran en el consumo del almirez con no machacar aquello, por lo menos cuarenta y tres maravedises, que son cuatrocientos ocho, que son doce reales. Que estos, empleados, se doblan cada año, y que en pocos años, la multiplicacion de estas duplicaciones montan un tesoro. El reñir, porque falta un plato de la orden que dió, es cortedad ingeniosísima, porque es concordia entre él y los criados para abultar sin costa el aparato, para hacerle agradecer á la sencillez del convidado español el plato que no come, y para tener él á la noche el plato de la risa de haberle engañado. El comer tanta hortaliza es, porque el poco sustento debilita la sensualidad y es vicio en España muy costoso: si las mugeres no pidieran tanto, se comiera cada dia un carnero. El ser la polla dura es culpa del comprador, porque lo mismo cuesta la esquivia que la blanda. El levantar intacto el plato de la olla, es porque tendria hecho concierto con el ama que la habia de sustentar con aquel plato, y como os veia tan hambriento, temió que no habiais de dejar nada. Estos son, en suma, los motivos de haber comido hoy vos tan mal, y no vuestra fortuna. Con mucha malignidad, dijo el hambriento, discurreis en estos motivos, y me persuado á que os engañais en muchos. Lo que me sucede ahora es que cada vez que se me vienen á la memoria las perdices, se me llena la boca de agua, y me he de ir á una despensa á comer una, aunque deje una cajilla de plata que tengo aquí con tabaco. Y si tardais mucho, dijo el otro, os desastanciareis en salivas.

Ahora, porque á los afligidos se les ha de dar consejo y ayuda, vamos á una despensa muy abundante, que yo tengo aquí un doblon, y nos lo comemos de perdices, que esta no es tarde de estómagos quejosos. Si es, hombre desconsiderado, tarde es de no comer sin mucha necesidad, porque está ya

empezada la primera semana de la cuaresma, y ese que se ha quejado de la comida, por mas que él diga, para sustentarse fué suficiente, sino que los convidados, en no sacando ahita la estimacion propia, piensan que no ven de hambre.

Volvamos ahora á los que quedaban jugando al



hombre, entretenimiento disputador y pesado: todas las manos seacaban las reprensiones y advertencias. Los dos que pierden se echan la culpa el uno al otro, y ninguno quiere confesar que ha errado. Los mirones los quieren enseñar á todos, y no hay mano en que no haya una escarapela. Este es juego de entre amigos, y con cualquiera encendimiento se muda el estilo y el tono de la amistad. En acabándose el juego han menester olvidarse todos de

lo que han dicho y oído, para volver á ser lo que eran. No sé que sea cordura parecerse á descantillar una amistad, para tomar luego el trabajo de aderezarla; y raras veces queda tan buena como estaba antes. Esta es la tarde que se ha de huir de los entretenimientos, porque siempre son en ella desordenados.

Abreviado por J. E. HARTZENBUSCH.

EL BARBERO DE UN VALIDO.

CRONICA DEL SIGLO XV.

VIII.

(Continuacion.)

La campana del convento de San Francisco acababa de dar el toque de la oracion, y los pacíficos habitantes de Setubal hincados de rodillas y con la cabeza descubierta rezaban las Ave-Marias de costumbre: sonaban las llaves en los candados con que todas las noches se cerraban las cadenas colocadas á

la entrada de la calle de los judíos: era por la Trinidad, y en el horizonte apenas se divisaban los últimos reflejos del sol hacia el occidente. Las calles estaban desiertas y el ruido del movimiento diario iba desvaneciéndose poco á poco en el silencio del reposo nocturno, cuando á la puerta de palacio llegó un caballero vestido á usanza de la corte; apeóse inmediatamente y entró. A la luz de una lámpara que pendía de la bóveda del atrio, y que reverberaba sus rayos en los arneses de varios soldados que por allí andaban, maese Blas que estaba en pie á la puerta de su aposento, vió que el recién llegado era el duque de Viseo. Hallábase en efecto en Palmela cuando recibió el recado del rey, y á pesar de que su conciencia, le inspirase algun recelo acerca de aquel

súbito llamamiento, decidió sin embargo ir, por temor de que su desobediencia diese al rey pretexto suficiente para acusarle de rebelde y hacerle condenar legalmente.

Apenas entró el duque, encaminóse hacia él Fernan Martins y le dijo: «Señor duque, seais bien venido; su alteza os aguarda.»

—En Palmela, adonde fui á ver á mi madre, contestó el duque, he recibido el mensaje del rey, y me he puesto en camino sin tardanza: aquí me teneis pronto siempre á obedecer sus mandatos.

Dichas que fueron estas pocas palabras, tomaron ambos la escalera arriba yendo el duque delante y detrás de él el capitán de los ginetes.

Un lienzo de las casas de Nuño de Acuña que servían de palacio cuando el rey moraba en Setubal, daba frente por frente de la playa. En el fondo de un horizonte profundo y oscuro se distinguía confusamente la ondulacion continua de las olas; y el resplandor que despedían algunas salas alumbradas por la pálida luz de las antorchas se abría paso al través de las pintadas vidrieras, prolongándose en colores cambiantes é inciertos por toda la estension del arenal, y sobre los blancos festones de espuma que azotaban la orilla. Bien fuese que maese Blas tuviese sus puntas de poeta, bien que, habiendo dormido la mayor parte del día precedente y una buena parte de aquel, no sintiese tendencia á irse acostar tan temprano, es lo cierto que entró repentinamente en deseos de pasear por la playa: encasquetóse pues su birrete y encaminóse allá.

Apenas había dado unos cuantos paseos, cuando alzando por casualidad los ojos vino á fijarlos en la ventana del aposento que servía de guardaropa del rey: las vidrieras estaban abiertas de par en par, y maese Blas vió dos bultos que por sus gestos y ademanes parecían altercar uno con otro; picóle aquello la curiosidad y no dejó de mirar. Los dos bultos se acercaron á la ventana y siguieron hablando cada vez, á lo que se dejaba adivinar, con mayor vehemencia; uno de ellos por último, alzó el brazo, y maese Blas vió cruzar ante sus ojos como un relámpago el brillo de un acero; el otro bulto extendió los brazos como quien busca donde apoyarse: el hierro que blandía la mano del primero volvió á centellear varias veces: en aquella lucha los dos bultos se apartaron de la ventana, y de allí á poco la sombra de uno de ellos se proyectaba en la blanca pared del aposento que daba enfrente del balcon por donde maese Blas divisara aquella escena terrible y misteriosa.

El barbero dió un grito de horror; pero su voz se perdió en el silencio de la noche; un sudor frío cubrió su frente y se volvió aterrado hacia palacio. Los soldados de la guardia se paseaban tranquilamente con su arcabuz al hombro: los soldados á caballo estaban á la puerta con espada en mano: parecia que ninguna novedad había ocurrido.

Empero no bien hubo entrado maese Blas vió á Fernan Martins que bajó atropelladamente la escalera y llegándose á los soldados que estaban á caballo les dijo:

Partid sin tardanza; que se cierran las puertas de la ciudad; no dejareis salir á nadie sino presenta órden escrita del rey.—Ginetes de la guardia, á caballo.

En menos de algunos credos toda la compañía de ginetes de la guardia se hallaba formada en frente de palacio; á su retaguardia se colocaron los ballesteros y mosqueteros.

Fernan Martins habló en seguida con los capitanes de los peones; nadie oyó lo que les dijo; pero ellos se dirigieron seguidamente á las filas, y sacaron del centro de las compañías un cierto número de soldados que salieron despues en varias direcciones. El resto de la gente permaneció inmóvil sobre las armas detrás de los ginetes.

A pesar de hallarse todavía poseído de terror por la escena que acababa de presenciarse, hablaba tan alto la curiosidad en el corazón de maese Blas que no supo resistirse á ella; atravesó el atrio y saliendo del portal, se deslizó á lo largo del muro por detrás de las filas de los soldados. Felizmente en una de las

alas tropezó con el capitán Jaime de Figueredo, antiguo amigo suyo, y amen de esto, hablador, maldiciente y truhan como él, aunque por lo demas, escelente hombre. No bien le conoció el barbero por la voz y por el bulto acercóse á él con cautela y le tocó en el hombro; volvióse el capitán con despecho; mas cesó este punto luego que el capitán hubo advertido que era su honrado é ilustre amigo el barbero de la Corte.—«Oh! sois, maese Blas; díjole en tono festivo; muy ageno estaba de esperaros aquí: os hacia á estas horas gustando el regalado sueño que Dios no quiso conceder nunca á un pobre capitán. Aquí teneis nuestra vida. Ni de noche, ni de día descansamos un punto! Si supiese latin, ó al menos leer y escribir, daba al traste con esta coraza, y corría á meterme fraile: mejor habia de llevar los escarnios de los juglares y truhanes de palacio que el servicio del rey.

—No digais tal, señor Jaime:—interrumpió el barbero, á quien la volubilidad de la lengua del capitán empezaba á impacientar:—por honrados se darian muchos caballeros de alta alcurnia, si fuesen como vos, capitanes de los mosqueteros de la guardia; género de milicia, que á lo que recuerdo, y no soy muy viejo, era apenas conocida en tiempo del infante Don Pedro.

—Si, maese, replicó el capitán, ese á quien los enredos de los nobles arrastraron á una muerte afrentosa, y cuya sangre cae ahora sobre las cabezas de los hijos de sus asesinos: el duque de Braganza al subir al cadalso no hizo tal vez mas que pagar una deuda de familia: lo propio les irá sucediendo á los demas: la justicia de Dios no duerme; y lo peor es que por causa de ella tampoco nosotros dormimos.

Como el niño que corriendo detrás de la verátil mariposa, hace dos ó tres zics—zács inútiles hasta llegar por fin á cogerla, párase entonces y se sonríe contento, y no la deja escapar de la mano sin examinar antes lista por lista, cambiante por cambiante, los colores del pintado insecto; así maese Blas viendo favorable ocasion de hacer preguntas siquiera fuesen indiscretas al locuaz capitán, estrechóle al punto la mano oyendo aquellas agudas palabras; y con toda la mañosa sencillez de un barbero y barbero cortesano, dijo:

—Jamás torne yo á ver á mi pobre y querida Inés (santa muger!) si entiendo lo que decís, señor capitán. No dormís por causa de la justicia de Dios? ¿Qué tiene Dios que ver con que esteis vosotros aquí esta noche armados de punta en blanco como gentes prontas á dar en aduares de moros?

(Concluirá en el próximo número.)

ISIDRO GIL.

GEROGLIFICO.



MADRID 1848.—IMPRESA DE D. BALTASAR GONZALEZ.